

La contracción del espacio y el tiempo

De Jeanmarie Chaise

Publicado en el boletín "Le Lien Urantien" n°16 - Invierno 2000-2001

Es posible que el hombre tenga la impresión de ser esclavo de las contingencias materiales de su entorno. Esto es en gran parte exacto, puesto que no tiene verdaderamente todos los datos que le permitirían en un primer momento abstraerse de ello, y más adelante distanciarse poco a poco para salvar las etapas que van desde la conciencia de un ser material hasta la conciencia de un ser espiritual. La personalidad humana no es el juguete de los acontecimientos en el tiempo y el espacio o, al menos, no es sólo un juguete; tiene también un papel que representar en ellos.

Para verificar esto, debemos intentar ir más al fondo de los conceptos, particularmente de aquellos que nos conciernen de entrada más directamente, los conceptos que afectan a nuestro estado presente de ser muy de cerca y que nos obnubilan hasta el punto que todas las penas del mundo nos derrotan; me refiero al concepto del espacio y, quizá más todavía, al concepto de tiempo.

Con la evidencia, lo que parece ser el obstáculo más infranqueable en nuestra búsqueda de lo absoluto, de lo infinito, de lo eterno, es precisamente esa cohesión hecha de tiempo y de espacio que, entre nosotros y estos conceptos inaccesibles, nos ata a la piel, nos impregna hasta los huesos y nos impide ver, sentir, oír; en definitiva: captar en lo que consisten realmente. ¿Qué es el espacio-tiempo? ¿Qué es el espacio? ¿Qué es el tiempo?

La tentación de pensar que la noción de espacio es más accesible que la de tiempo es fuerte pero, a decir verdad, estamos en relación con dos conceptos estrechamente imbricados el uno en el otro. Una parcela de espacio, por mínima que sea, es comprensible de cierta manera, mientras que de cualquier instante de tiempo, por pequeño que sea, no tenemos ninguna percepción. Porque, sin ninguna duda, la mayor parte de las veces tenemos la costumbre de recurrir al espacio para intentar definir el tiempo, como en la expresión corriente "el espacio de tiempo" en la que tenemos la posibilidad de cumplir acciones cortas o largas. Por esa razón nos es preciso definir el tiempo. Por otra parte, ¿existe verdaderamente o no es más que una ilusión, un sueño que pasa? Abordemos este asunto según nuestro punto de vista habitual de seres sujetos al tiempo.

El tiempo es lo que se produce en virtud del movimiento, y ese tiempo existe para nosotros del hecho de la inherencia de nuestra mente a captar las secuencias. Aquí se presenta, por tanto, dos condiciones para validar su realidad de ser: el movimiento y la conciencia.

De entrada, el tiempo mide el espacio con la complicidad del movimiento. El espacio no mide el tiempo. El tiempo-movimiento actúa por todas partes en el espacio más o menos vacío de materia. Es la materia la que se activa por el

movimiento, tanto interior como exteriormente, no el espacio. El movimiento actúa en la materia por la materia (infinitesimal) interpuesta, y la materia se mueve en el espacio, que es **esencialmente estático**. En cuanto al tiempo, éste es relativo, justo a causa del movimiento que puede escalonarse desde velocidades vertiginosas hasta un inmovilismo casi total, en un espacio ínfimo o en una vastedad inconmensurable. El tiempo-movimiento es **existencialmente dinámico**. El espacio es el lugar de la sustancia; el tiempo es la ocasión de la duración. El tiempo es para nosotros una representación mental de las secuencias más o menos activadas por movimientos reales o imaginarios. Lo que llamamos comúnmente tiempo no es más que el desarrollo sucesivo de sucesos que habla a nuestro entendimiento. Al estar hechos presentemente y casi exclusivamente de materia, estamos hechos para captar esta sucesión temporal y, por tanto, para enlazar esta noción de "curso de tiempo" a la noción de espacio. Desde siempre el tiempo ha intrigado por ser incomprensible. Lo que llamamos "tiempo" no es de hecho más que una inexistencia entre pasado y futuro. Fuera de todo movimiento la vida, que es inherentemente secuencial, tiene más o menos conciencia del tiempo. Pero ese tiempo depende esencialmente de los grados de conciencia. Según las especies animales la conciencia del tiempo está muy estratificada. El ser humano tiene una conciencia mucho más desarrollada que el animal a propósito del transcurso del tiempo. El hombre tiene una conciencia del tiempo muy diferente de un individuo a otro según una multiplicidad de criterios; el hombre tiene incluso una conciencia del tiempo que varía mucho en el transcurso de su existencia. El tiempo es por tanto un asunto de movimiento, pero también un asunto de conciencia.

El tiempo no es un ser, ni siquiera filosófico; el tiempo es un medio de ser para el ser; y el ser, físico, en nuestra esfera de acción presente, no tiene que ver con el instante que no existe, sino con las secuencias temporales que le sirven para haber sido, ser y convertirse en algo. Se dice que todo llega en el tiempo y que, partiendo de esta consideración, "el tiempo es". Es falso; a menos que se le atribuya al tiempo la noción de duración que nos es más familiar, en cuyo caso entre pasado y futuro el intervalo de tiempo que será preciso considerar es consecuente hasta el punto que tendrá un inicio y un fin. Se habrá dicho y hecho bellamente, pero cualquier otra consideración del tiempo sólo será "metafísica" estéril. Aquel tiempo es nuestro tiempo habitual, aquél en el que nuestra subjetividad se ejercita continuamente. Pero el tiempo pretendidamente intrínseco, el que pasa, el que se puede aprehender entre lo que acaba y lo que empieza, el tiempo que los filósofos buscan definir en vano y desde siempre, ¿qué es? ¿Existe? ¿Cuál es ese instante que se nombra tiempo y que siempre se desvanece y renace ya se llame pasado o futuro, pero que nunca se afirma verdaderamente como una entidad comprensible? Por otra parte, ¿es fiable lo que se dice del pasado o del futuro? ¿Se conseguirá alguna vez captar un instante, una entidad de tiempo en el pasado? ¿Comprenderemos algún día una entidad como ésa para conseguir definirla? Esto sería, según creo, arruinar la esperanza.

Aquí es preciso preguntarse si el tiempo es constante en todas partes en el conjunto de la creación. Parece que la realidad difiere necesariamente a medida que se dirige hacia el centro de la Creación divina. Voy a recurrir a una imagen que me permitirá describir de manera más ilustrativa lo que podemos llamar la contracción del tiempo.

Tenemos la costumbre de considerar el tiempo, o más bien la duración, según su linealidad, que consiste en captar los instantes sucesivamente según nuestra naturaleza; a eso lo llamamos secuencias. Actuamos, al hacerlo así, como alguien que se encontrara sobre la cara externa de una rueda en movimiento, ocupando sucesivamente los puntos contiguos del espacio en los ésta que se mueve.

Ahora, consideremos sustituir nuestra costumbre de abordar el tiempo de forma lineal, horizontal, por una forma de abordarlo verticalmente. Abandonemos la superficie externa de la rueda, y vayamos a ver el interior, es decir, hacia el centro de lo que pasa, y veamos cómo el "tiempo", la duración, se modifica. Esta misma rueda podría ser una rueda plana hecha de círculos concéntricos, sobre los que podrían asignarse estados de ser más o menos alejados del centro. En lugar de considerar el tiempo de manera lineal al seguir manteniéndonos sobre el círculo exterior de la rueda (lo que hacemos, en resumidas cuentas, cuando moramos en un mismo lugar del universo exterior como la tierra), orientémonos hacia el interior saltando de círculo en círculo. Veremos en seguida a dónde quiero ir.

Consideremos esa rueda en movimiento. Está claro que, a medida que gira, los diferentes círculos que la constituyen se desplazan a velocidades proporcionales a su alejamiento del centro. Lo que representaba un cuarto de vuelta para nuestro primer círculo exterior representa todavía un cuarto de vuelta para un círculo situado a medio camino entre el centro y la periferia (se trata del mismo tiempo para un espacio menor) y proporcionalmente lo mismo para todos los círculos, tan numerosos como sean, situados entre la llanta y el centro de nuestra rueda. Al considerar los últimos círculos interiores, cercanos al centro, se nos presentó otro problema de concepción del tiempo todavía más acuciante. Lo que se inscribía dentro de una larga distancia sobre nuestro primer círculo disminuía proporcionalmente a medida que progresábamos hacia el interior, y ahora los cuartos de vuelta son ahora tan pequeños que se vuelven prácticamente inexistentes, hasta su extinción completa al llegar al centro de todas las cosas. Pero el tiempo ¿sigue estando ahí, él mismo? Esto no es más que una imagen, naturalmente, pero da cuenta del fenómeno de a-espacialidad donde se reúnen en convergencia todos nuestros conceptos espaciales. Si, pero el tiempo ¿está siempre ahí, siempre el mismo, o disminuye también a medida que nos acercamos al centro? Pues el tiempo transcurrido en el centro y en la periferia es aparentemente el mismo para un mismo movimiento de la rueda. Parece que no podemos dudar de ello; pero si el tiempo, aliado al movimiento, mide el espacio, como todo nos da a entender,

ese tiempo que no parece disminuir, debe bien pronto ser reducido a nada en la justa proporción del desplazamiento nulo del epicentro de la rueda que, sin embargo, está siempre girando.

Se puede decir por tanto que la aprehensión de una duración espacial es instantánea en el centro mientras que está desarrollada hasta tal punto en la periferia que sale rápidamente del horizonte de su observador. Pero la instantaneidad ¿no es justamente la supresión del tiempo? Esto es lo que creo que quiere decir Lao-Tsé en su pequeño poema “La riqueza y lo valioso”:

*Treinta radios se unen en el centro;
Gracias al agujero podemos usar la rueda.
El barro se modela en forma de vasija;
Gracias al hueco puede usarse la copa.
Se levantan muros en toda la tierra;
Gracias a la puertas se puede usar la casa.
Así pues, la riqueza proviene de lo que existe,
Pero lo valioso proviene de lo que no existe.¹*

A medida que el hombre se encamina hacia el centro a través de las constelaciones del espacio, se va haciendo cada vez más apto para aprehender los conceptos de espacio y tiempo y de progresar en los dominios de la mente y del espíritu, su conciencia tiene cada vez más facilidad para elevarse sobre los niveles sucesivos de los universos. Adquiere experiencia; el cruzamiento de sus concepciones cósmicas amplifica su clarividencia y amplía su campo de conciencia. Ésta se interioriza y trasciende progresivamente, peldaño a peldaño, todas las escalas de la organización espacio-temporal. Esta ascensión hacia Dios, hacia el centro de todas las cosas, no sólo es una imagen: es la realidad del encaminamiento de toda personalidad hacia su creador, hacia su semejanza con el Padre Universal. En el centro de todas las cosas, el concepto de absoluto trasciende finalmente toda idea de tiempo y de espacio. La personalidad liberada de las contingencias secuenciales abraza todo el círculo de lo existente al mismo tiempo. La conciencia lineal se ha convertido en conciencia global y circular.

Con relación a lo que se puede estimar como el valor del tiempo, ¿cómo estimarlo en los universos, sino en relación a la inmovilidad absoluta de un centro alrededor del cual se puede organizar el conjunto de las creaciones espacio-temporales? Esta inmovilidad espacial y esta ausencia de tiempo son lo que debe llamarse necesariamente la trascendencia del tiempo y del espacio. Y sobre nuestro mundo habitado, como sobre todos los mundos semejantes de los espacios exteriores, sólo los seres dotados de espíritu son capaces de captar estas relaciones entre el espacio-tiempo y su ausencia, entre la esencialidad y la sustancialidad, entre la existencialidad y la duración. Sólo los seres pensantes pueden comenzar a intentar trascender desde aquí abajo las porciones de

¹ “El Libro del Tao”. Traducción de Antonio Rivas (N. del T.)

espacio que les separan entre ellos, o que les acercan a lugares posiblemente muy alejados. El pensamiento es la primera aptitud del hombre que atraviesa los espacios; es el fruto del espíritu que le habita y el primer don de Dios que le fue concedido al mismo tiempo que el don de la vida y de la personalidad.

Ese don de espíritu, ¿puede entonces permitirnos desde el presente intentar franquear una nueva etapa en la cognición de los datos espacio-temporales, a saber, puede permitirnos responder aquí a la cuestión de la inmovilidad espacio-temporal, es decir, de una parte, de la existencia del tiempo sin espacio, y por otra parte, de la existencia del espacio sin tiempo? Por ejemplo, la inmovilidad espacial, sinónimo de atemporalidad, ¿es realmente sinónimo de ausencia de tiempo? Nuestra capacidad, mínima desde luego, de trascender el espacio mediante el pensamiento ¿no sería una primera indicación que nos permita suponer que la relación espacio-tiempo pueda adaptarse a otras conjugaciones de dimensiones que las que nosotros conocemos? Nuestro universo, como todos los universos creados por los Hijos de Dios, está estructurado manifiestamente sobre un modelo cuaternario, a la manera de la cifra-símbolo de sus concebidores, la cifra-símbolo "4"²

Desde abajo, ya que tendemos a remontar la corriente, es decir, a volver a la fuente que es Dios, el Centro de todas las cosas, el corazón de lo viviente, encontramos modos de ser en una, dos y tres dimensiones. Nosotros mismos evolucionamos en un medio de cuatro dimensiones, aunque hayamos tomado conciencia de ello hace poco tiempo. Pero, ¿qué significa "más arriba"? ¿Cuáles son las concepciones del espacio y el tiempo que tendremos que aprehender al salir de nuestro universo actual, cuando pasemos del régimen sometido a la soberanía de un Hijo de universo local a la soberanía del Padre Universal, la Deidad Trina? ¿No se deben franquear aún tres etapas principales más en nuestra progresión hacia el Inefable, de la cuarta dimensión hacia la séptima, puesto que se nos dice que la quinta, la sexta y la séptima existen completamente, aunque parezca imposible?

¿Y si concebimos de entrada un nuevo espacio-tiempo de cinco dimensiones, en cuyo caso este nuevo espacio-tiempo contendrá tiempo más especialmente, si hay que creer la simbología numérica tan querida para los reveladores del Libro en su dominio de la disposición de las leyes universales? Si la esquemática es respetada; al símbolo "3", símbolo de la personalidad "Espíritu" de la Trinidad divina, le corresponderá de manera análoga el espacio-tiempo de "5"

² Los datos que siguen se han tomado de otro estudio que establece el ordenamiento de las realidades universales sobre el simbolismo de los números, tal y como se sugiere en todas partes en la quinta revelación. El Padre Universal, el Hijo Eterno y el Espíritu Infinito tienen respectivamente los **símbolos 1, 2 y 3**; los Hijos Creadores reciben, cada uno en el universo del que son soberanos, el **símbolo 4**, eje del septenario; Ellos representan el punto de convergencia de todas las criaturas que evolucionan en el espacio-tiempo (hacia abajo) y que aspiran a encontrar a Dios mediante la ascensión hacia el Paraíso (hacia arriba). Estos ascendentes van a progresar en el tiempo, que recibe el **símbolo 5**, y en el espacio, que recibe el **símbolo 6**. El hombre, cada ascendente que busca la verdad, recibe él mismo el **símbolo 7**. Naturalmente, en el estudio considerado, los símbolos así distribuidos reciben la justificación de su designación a través de la observación de realidades universales.

dimensiones, siendo aquí el "4" el eje del septenario tanto de la reflexión simbólica como de la reflexión conceptual.

¿Y si concebimos un espacio de seis dimensiones, que en este caso contendrá espacio más especialmente, si hay que creer siempre ese mismo capítulo de las leyes? De nuevo vemos que la esquemática hace corresponder el símbolo "2", el símbolo de la personalidad "Hijo" de la Trinidad divina, con el concepto de espacio-tiempo de seis dimensiones, analogía que siempre depende del eje "4".

En fin, ¿no vamos a aprehender una concepción espacio-temporal de siete dimensiones, como todos los esquemas nos indican siempre y en todas partes? Esta nueva y última concepción ¿no debe ser el coronamiento, el cumplimiento de toda nuestra ascensión por los universos? ¿Qué se observa a través de todas estas preguntas?

Observamos que cada nuevo concepto de tiempo y de espacio trasciende al precedente. Esto es remarcable en lo que respecta a los estados de ser "de abajo": el punto, el plano, el volumen. No hay aparentemente ninguna razón por la que ese proceso de trascendencia no prosiga hacia arriba. Aprendiendo el "tiempo" en el espacio de cinco dimensiones aprenderemos a trascender el espacio-tiempo de cuatro dimensiones, nuestro espacio-tiempo actual. Aprendiendo el "espacio" en el espacio-tiempo de seis dimensiones, aprenderemos a trascender el espacio-tiempo de cinco dimensiones. Aprendiendo el espacio-tiempo en el espacio-tiempo de siete dimensiones, aprenderemos a trascender a la vez todos los espacios-tiempos de las dimensiones inferiores, mientras que presentemente, en nuestro espacio-tiempo de cuatro dimensiones, aprendemos solamente a trascender el espacio-tiempo puramente físico, el espacio de tres dimensiones.

Esto sólo es una demostración que se apoya en una lógica de cuatro dimensiones. Pero lo propio del espíritu que habita dentro del pensamiento es proyectarse hacia delante, anticiparse siempre a partir de un estado de ser hacia el estado siguiente. El espíritu se esfuerza en trascender siempre las evidencias de su estado de ser; por ello debe esforzarse en reconocer la diversidad de las realidades espaciales. En nuestro espacio-tiempo de cuatro dimensiones, acabo de decirlo, aprehendemos el espacio de tres dimensiones. Esta es una aproximación puramente intelectual. En el futuro, deberemos aprehender el espacio-tiempo según un modo no ya puramente intelectual, sino también según una técnica más cercana al tiempo, es decir, más cerca del espíritu (la analogía obliga) entre "3" y "5". Haciendo esto accederemos a la quinta dimensión. Es así como aprenderemos a no contentarnos con aprehender el espacio como si no fuera más que un conjunto de conexiones materiales. Aprenderemos a conocer cada vez mejor el espacio mediante el estudio avanzado del tiempo, mientras que en la etapa siguiente aprenderemos a conocer cada vez mejor el tiempo mediante el estudio avanzado del espacio.

Fuera de la etapa última, aprenderemos al fin a dominar el estudio de los conceptos espacio-temporales de siete dimensiones: el estudio del absoluto.

Se deduce de esto que el tiempo y el espacio sólo son interdependientes estrecha y contradictoriamente, puesto que están enlazados por un mínimo de dimensiones. Cuanto más se plantea un estudio del uno por el otro, más se hacen separables y realmente lo son definitivamente en el nivel absoluto. En el centro de todas las cosas, como acabamos de ver, el tiempo puede pasar del espacio. En el centro de la rueda, el tiempo es aprehendido en el mismo título que en la periferia, pero en la inmovilidad a-espacial.

Pero, ¿puede pasar el espacio del tiempo? Ésta es ahora la única cuestión en suspenso. Para abordarla, el ejemplo de la rueda no parece apropiado. Sin embargo, algo revela que eso es posible; es el hecho evocado en el inicio del análisis según el cual es el tiempo, ayudado por el movimiento, el que mide el espacio; y puesto que el tiempo mide allí una ausencia de espacio ya no hay tiempo, es la atemporalidad. Por tanto en el centro hay posibilidad de a-espacialidad y de a-temporalidad. Digo bien “posibilidad”, porque sólo el Creador puede decidir de otro modo.

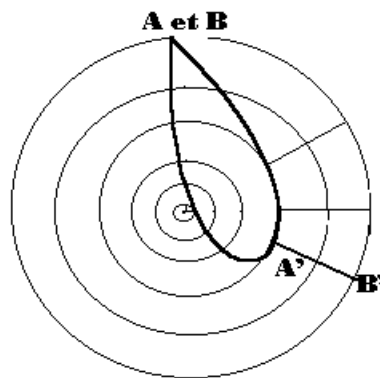
Pero la respuesta a la pregunta en suspenso no se ha encontrado siempre. La creación no es una simple rueda como la que hemos abordado aquí. Los círculos concéntricos de número indefinido no son ciertamente tan sólidos como una rueda plana, y la diversidad de los movimientos y la diversidad de sus intensidades vienen a embrollar la reflexión. Si el tiempo-movimiento se mide bien por todo el espacio, se sigue que en el centro de la creación el movimiento debe aplastar el tiempo para concentrar el espacio hasta el punto de ser reducido hasta lo indefinido, y este indefinido de espacio necesario está necesariamente dejado a la apreciación de su conceptor, Dios. Aplastar el tiempo significa acelerar el movimiento, es decir, concentrar la energía, la vida, la espiritualidad. En efecto, es en la espiritualidad donde el espacio puede pasar del tiempo. La energía-materia desde los mundos hasta la periferia se transforma poco a poco en energía espiritual en el centro de todas las cosas, pasando por una indefinición de estados que podrían llamarse psico-espirituales. La energía-movimiento es “en todas partes” y “siempre” el vector (vean figura), de lo que se transmite en el espacio-tiempo, el pensamiento en la sustancia duradera, la espiritualidad en la existencia esencial.

En los universos exteriores como el nuestro, el tiempo y el espacio son inconcebibles el uno sin el otro. En el nivel absoluto están esencialmente disociados. Esto es lo que puede llamarse la trascendencia del tiempo por el espacio y la trascendencia del espacio por el tiempo.

La materia hecha de espacio estático en el cual se agita la dinámica temporal del movimiento es el ejemplo típico de la inseparabilidad de uno en relación al otro. El espacio de menor densidad material acorta el tiempo. Así, la mirada no

alcanza a atravesar un objeto denso, es decir, pone un tiempo infinito para no atravesarlo, mientras que cuando el espacio está vacío de materia, esa misma mirada es capaz de atravesar distancias inconmensurables; se puede decir que pone un tiempo instantáneo, casi infinitamente acortado para alcanzar las estrellas más lejanas que le son accesibles. Solas, de un infinito al otro, se alzan pantallas más o menos densas de materia particular, partículas concentradas de sólidos, después las menos concentradas de los líquidos, después de gas, después de vacío molecular, atómico, electrónico, cada vez menos denso.

Como puede verse, el estudio del tiempo, del espacio y del espacio-tiempo no ha hecho más que comenzar. Todo lo que pueda añadirse se dirá en el futuro, quizá en este mundo, pero con mayor seguridad en los mundos futuros de nuestras migraciones eternas. Querría, para finalizar, materializar un poco esta rueda cósmica de espacio-tiempo y mostrar esquemáticamente esta contracción simultánea de tiempo y de espacio cuando el viajero de la eternidad que somos todos en potencia se acerque un poco al centro.



Aquí los viajeros del espacio no recorren el mismo camino. **B** se contenta con recorrer el círculo exterior, mientras que **A** hace una incursión hacia el centro. Está claro que cuanto más grande es la distancia recorrida por **B**, la distancia recorrida por **A** en el mismo tiempo se verá disminuida en proporción de la amplitud del movimiento (noción de espacio) y en proporción a la velocidad del movimiento (noción de tiempo). Si se consideran sus recorridos respectivos para regresar al punto de partida, su tiempo es muy diferente. Si consideramos esas diferencias en términos de edad de los viajeros, **B** será mucho más viejo que **A**, y la estimación de ese desfase sólo podrá ser apreciado aquí en función del espacio recorrido, sin poder aprehender el impacto del tiempo sobre ese mismo desfase entre sus edades respectivas cuando se reencontraron, por ejemplo después de un periplo completo.

La contracción del tiempo, y por tanto del espacio recorrido (o viceversa) es un dato fundamental y lógico de la organización universal.

(Traducido del francés por Olga López)